

## leone y la invención del oeste

Por Diego Sandoval

Hablar del Oeste Americano es difícil. Difícil porque todo el mundo habla de él con la misma seguridad. La interpretación de uno difiere siempre de la del otro, ya sea en minucias o en fundamentos. Por eso titulo a estas páginas "Invención". Porque hablar del Oeste una vez más, es inventar algo. Además es invención en otro sentido. En el sentido que es un tema inventado y trabajado casi solamente por el cine. La novelaría de farmacia, por mala, no les disputa a los filmes su primacía en el tema.

Alguien ha vuelto a inventar el Oeste. Este alguien es Leone, Sergio Leone. Su interpretación, como las de otros, no es ni verdadera ni falsa. Simplemente me gusta más. Creo además poder fundamentar esa preferencia. Para esto habrá que hacer una pequeña reseña histórica, precedida de algunas consideraciones.

En general, los *westerns* se sitúan en los cien años del pasado siglo. Estos cien años no se pueden reunir en un algo coherente. La razón es simple: las fuentes más significativas para conocerlos son canciones y leyendas. Estas fuentes tocaron la sensibilidad de los cineastas contemporáneos. Sus invocaciones del "salvaje oeste" recuerdan las que hicieron del Medioevo los románticos. Sólo que ahora los caracteres escritos cedieron ante las figuras animadas. El cine descubrió al Oeste como tema y lo convirtió en su monopolio. La razón de este monopolio se infiere de las variadas interpretaciones que existen. ¿Cómo hacer esta historia de movimiento si no es por lo episódico, por lo que nos dicen canciones y leyendas? ¿Y qué mejor forma de penetrar en esta quinceña que por medio del cine? Movimiento eterno: de Este a Oeste, de pobreza a boato, tratando siempre que la Segadora corte en campo ajeno.

Sabemos de la avalancha humana que quiso alcanzar el Pacífico sólo en su principio y fin. Cuando salieron del Este eran unos europeos, cuando llegaron al Pacífico, unos mutantes. ¿Qué sucedió entre las Carolinas y las Californias? Especulemos...

Podemos imaginar tres motivantes de este movimiento migratorio, a saber: un populoso Oriente de la Unión, tal vez demasiado populoso (por consiguiente nace la necesidad de nuevas tierras); una creciente inmigración europea com-

puesta de católicos, protestantes, judíos; un espíritu de inconformidad que hacía que esta gente viera al pie del siguiente lomerío los pastos más verdes y el oro más puro.

Los viajeros se extendieron por el territorio. La tierra los diluyó. Separó a cada núcleo humano del vecino por distancias considerables. Fue en este momento cuando la intolerancia religiosa se quebró.

Pragmáticos al fin, decidieron guardar más para sí la religión y convivir con chinos y musulmanes si era preciso. Esta primera tolerancia dio origen a otras. El derecho a juzgar los actos de los demás, fue constriñéndose más y más. En primer lugar porque había poco tiempo para dedicarse al chismorreo ocioso. En segundo, por la respuesta violenta que podían desatar. Esta violencia había llegado a ser como el gato garduño: se erizaba por cualquier cosa. Precisamente en su contra surgió la unión comunitaria. Esta defensa contra depredadores y asesinos era más efectiva en tanto pudieran disparar mejores tiros.

En la línea de la frontera todavía no existía esta defensa. Un solo color uniformó todos los actos: el pálido color de la amoralidad.

Prevalcía en toda esa gente algo que se ha dado en llamar "espíritu del Oeste". A mi juicio este espíritu es sólo una forma elegante de referirse a una infraestructura económica. Alrededor del oro danzan los hombres con ojos de codicia. Dadas esta desmedida afición por el metálico y una convicción de poder hacer lo que le viniera a uno en gana ¿qué

más natural que los derechos del vecino se hayan puesto en duda? El oro había que arrancarlo, ya fuera a la tierra o al bolsillo del prójimo. Transacciones había pocas.

La principal finalidad de esta gente implicaba una acción más o menos brutal acompañada tan solo de maldiciones: la palabra perdió sus más fuertes baluartes. El movimiento, mudo fantasma, señoreó sobre tantos hombres, hallando expresiones burdas y refinadas: ante la mesa de paño verde contendieron el matón y el taurer de pechera y clavel.

Leone parece haber recogido en sus películas esta peculiaridad. Por unos cuantos dólares, *Lo bueno, lo malo y lo feo* y *Érase una vez en el oeste* muestran, unas más que otras, la sucesión de lo episódico dentro de un margen de incivilización.

Cada uno de sus filmes se gestaba ya en el anterior. En *Lo bueno...*, la monotonía apenas se indicaba, los parlamentos envolvían en su capullo al movimiento; la trama era complicada pero estaba compuesta de núcleos casi auto-suficientes, y aunque el "bueno" nos recordó demasiado a Errol Flynn, junto a él se dio el bandido astuto, empecinado demonio que supo hallar en nosotros las cuerdas de la simpatía.

Mujeres del *saloon*, barbados gambusinos, whisky, sol, polvo y armas forman la trama histórica. Leone enfoca la lente sobre algunos de ellos, los ve moverse. A veces hasta los oye hablar. Hablan sólo cuando sus cuerpos precisan del adorno de la amenaza o del flirteo. Así los vio Leone y así parecen haber sido.

La pantalla inmensa, los colores y los sonidos laterales ayudan en mucho a esta nueva invención del Oeste.

Hoy, cuando las superproducciones tienen más y más enemigos, quedan las últimas películas de Leone como la culminación de una temática que llevaba decenios transformándose, buscando su más perfecta expresión. Cumplido el ciclo en estas obras definitivas, cabe suponer que de ahora en adelante tendrán los cineastas que adaptarse a un nuevo ambiente; a aquél que surgirá cuando se olvide, con su epopeya cinematográfica, una de las raíces de la civilización estadounidense: la conquisita del Oeste.

